

Debate

La urgencia de una gran renovación

Imma Tubella

Rectora de la Universitat Oberta de Catalunya

Cuando estados e Iglesias se han visto involucrados en asuntos de corrupción, ya sea económica, política o moral; cuando la democracia ha sido secuestrada por los partidos políticos; cuando los partidos políticos han acabado atados de pies y manos por las servidumbres a menudo inconfesables de su propia financiación; cuando los servicios públicos se han vuelto incapaces de devolver a los ciudadanos el valor que pagan por disfrutar de ellos y se han vuelto *inútiles*; cuando un sistema financiero torpe e insostenible ha sido *incapaz* de resolver la crisis que él mismo ha creado; cuando, en definitiva, ya nadie puede hablar en nombre del estado, de la democracia, de la política o de la economía, es urgente que encontremos un nuevo principio de legitimidad.

Quiero pensar que la sociedad es mucho más madura que los que pretenden de alguna manera representarla, y que será capaz de encontrar una nueva sociología del cambio que pase por la transformación radical y por el hecho de repensar todo lo que hasta ahora creíamos que era sólido, todo lo que creíamos que formaba parte de una estructura económica, política y social que tenía alternancias pero que también tenía unos fundamentos básicos incontestables.

Pero resulta que vivimos un tiempo en el que los estados entran en quiebra, las Iglesias no pueden esconder sus propias inmoralidades, las empresas no pueden invertir, los trabajadores no pueden trabajar, los jóvenes tienen que emigrar y los inmigrantes tienen que hacer el viaje de

«¿Estados, Iglesias, política y democracia nos capacitan para ser libres actualmente?»

regreso sin haber cumplido su sueño de una vida mejor.

Las soluciones que hemos visto hasta ahora no las entendemos. Me explico: en el año 2008 los estados desbloquearon siete billones de dólares para salvar la banca. Permítanme escribirlo en cifras porque se entiende mejor, al menos yo lo entiendo mejor: 7.000.000.000.000. Otro ejemplo que estos últimos días hemos leído todos: el estado español pagará a la Iglesia católica 13.266.216 euros mensuales, es decir, casi ciento sesenta millones al año (BOE 31/12/2011). No me parece mal ayudar a la Iglesia, en todo caso a las Iglesias, todas, pero también a las pymes, a las universidades, a las escuelas, a los hospitales, a la gente que no tiene trabajo, a los jóvenes para que vayan a formarse o a ver mundo, no por necesidad.

Tenemos que salvar el estado del bienestar –de acuerdo, porque es una característica de la identidad europea por la cual hemos luchado y a la cual no podemos renunciar–, pero cuidado, porque hemos acabado por confundir bienestar con crecimiento y, por lo tanto, tratamos de salvar el crecimiento cueste lo que cueste. Y en el esfuerzo titánico de este intento de salvamento olvidamos que el *Titánica* se hundió, y olvidamos también formas de bienestar colectivo que no dependen totalmente de los otros sino de nosotros mismos, como la salud, los amigos, la familia, el lugar donde vivimos, la satisfacción del trabajo bien hecho, la vida espiritual en el sentido más amplio del término o simplemente el olor a café y tostadas por la mañana. Es lo que Amartya Sen denomina *capabilities*, un concepto que incluye la capacidad y la libertad y que podríamos traducir por *capacidad de ser libre*. Para Sen, esta noción define el concepto de economía del bienestar, que resume en cinco puntos: la libertad real, o dicho de otro modo, la capacidad de cada cual de elegir su vida de acuerdo con las necesidades, los deseos y los valores propios; el respeto a la diferencia de cada individuo para transformar recursos en actividades de valor; el derecho a la felicidad o a lo que cada cual entiende por felicidad; la evaluación del bienestar no solamente con factores materiales sino también con factores inmateriales, y finalmente una preocupación profunda por la equidad que se traduce en una mejor distribución de oportunidades en la sociedad. Por ejemplo, él fue uno de los primeros en denunciar que el hambre no es consecuencia de la falta de alimentos sino de graves desigualdades en los

mecanismos de distribución, o que una cosa es tener derecho a voto y otra tener la posibilidad de ejercerlo, que pasa por el derecho a la educación o al transporte. El principal derecho humano, lo he oído estos días, es el derecho de tener derechos. Quizás lo habíamos olvidado.

Si la capacidad de ser libre consiste en "las oportunidades reales de una persona para hacer o ser algo" y la concepción del bienestar desde esta misma perspectiva pide una concepción de la economía que no se limite a plantear problemas de renta y de distribución, quizás empieza a ser ya no urgente sino imprescindible preguntarnos si estados, Iglesias, política o democracia nos capacitan para ser libres o para ser esclavos, sea individualmente o colectivamente.

Amartya Sen es un premio Nobel de economía, no es un *indignado* que acampa en la plaza de Cataluña, pero de alguna manera su enfoque es el mismo, o muy parecido, que el de los que desde los medios de comunicación nos hemos dedicado a escarnecer sin limitarnos ni siquiera a escucharles. Yo podría poner muchos ejemplos vividos en primera persona y en diferentes sectores sobre esta enorme resistencia al cambio, pero usaré las palabras de Mahatma Gandhi cuando defendía el derecho a pensar diferente: primero te ignoran, después se mofan de ti, a continuación te espían y finalmente ganas.

Pues a ver si es verdad y dejamos de defender un mundo que ya no existe y que no ha funcionado y nos ponemos a construir uno nuevo, un mundo donde seamos capaces de ser libres. ¡Es urgente!

Article publicat a:

Ara. Versión digital: http://www.ara.cat/premium/opinio/urgencia-duna-gran-renovacio_0_640735928.html

Ara. Versión impresa, 05/02/2012, página 36.
